EL SOCIALISMO ELÍPTICO DE LUIS ARAQUISTAIN

Ángeles Barrio Alonso
Universidad de Cantabria

Los tres estadios «biográficos» de Araquistain

Además de periodista, publicista y escritor vocacional, Araquistain fue, entre otros cargos políticos, concejal del Ayuntamiento de Madrid entre 1921 y 1923, diputado en las Cortes republicanas de 1931, 1933 y 1936 –en las de 1931 renunciaría a su escaño, por incompatibilidad con el puesto de embajador en Berlín–, Subsecretario del Ministerio de Trabajo con Largo Caballero, de abril de 1931 a marzo de 1932, embajador de España en Berlín, donde permaneció hasta mayo de 1933, y, finalmente, entre septiembre de 1936 y mayo de 1937, embajador de España en París. Araquistain escribía de forma compulsiva, su obra escrita que es ingente, con miles de artículos de prensa, varios libros de ensayo, prólogos, novelas, poesía e, incluso, varias piezas de teatro, que estrenó con discreto éxito y le permitieron desplegar, según los estudiosos, sus cualidades de crítico en las artes de masas, representa una especie de radiografía de la vida política española desde los primeros años del siglo XX hasta el umbral de los años sesenta, pero también de las inquietudes y expectativas del autor, cuyo interés por la política desbordaba a su afición, casi enfermiza, por los libros[1]. Como el resto de su generación, la del 14, la

[1] Entre las obras de ensayo más conocidas de Araquistain están *Polémica de la guerra, 1914-1915*, Renacimiento, Madrid, 1915; *El peligro yanqui*, Sucesores de E. Teodoro, Madrid, 1919, *España en el crisol (Un Estado que se disuelve y un Pueblo que renace),* Editorial Minerva SA. Barcelona, s.f.; *Ideas y Hechos. El ocaso de un régimen*, Galo Sáez, s.l., 1930 (versión corregida y ampliada de *España en el crisol*, recopilación de artículos publicada en 1920); *La batalla teatral*, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, Madrid, 1930; *La agonía antillana. El imperialismo yanqui en el mar Caribe (impresiones de un viaje a Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y Cuba)*, Espasa Calpe, Madrid, 1928; *La revolución mexicana. Sus orígenes, sus hombres, su obra*, España, Madrid, 1930, o la edición póstuma *El pensamiento*

obra de Araquistain no puede entenderse fuera de la coyuntura que le tocó vivir, los años críticos de la monarquía de Alfonso XIII, la dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República, la Guerra Civil y, finalmente, el exilio, que determinaron, en la misma medida, su biografía, no solo por su compromiso político con el socialismo, sino también en lo personal, con momentos de plenitud, pero también de tragedia, personal y colectiva, especialmente, en el exilio, en los que se revela el Araquistain menos ácido y más humano[2].

Como cronista político y publicista, Araquistain era agudo y brillante, apasionado y cartesiano, al mismo tiempo, incisivo siempre en los juicios, certero en las descripciones de personas, situaciones o lugares, aunque su inclinación a la polémica, además de acarrearle antipatías y algunos pleitos, a menudo restaba fuerza a sus argumentos por exceso, por repetición. De lo «temible» de su personalidad hay muchos testimonios, el de Salvador de Madariaga, no siendo el más despiadado, deja poco espacio a la duda:

> «La agudeza, no a primera vista evidente, era sin embargo, rasgo casi dominante en Araquistain, cuyo intelecto era muy activo y penetrante. La lectura de sus artículos y libros y la experiencia de su vida me confirmaban, sin embargo, que no iba descabellada mi primera impresión. Era en efecto su agudeza casi exclusivamente intelectual, por lo cual solía quedarse pasivo y romo ante cosas del ánimo o de la naturaleza que no se entregan así como al primero que llega (…). Era evidente que, para él, la sensibilidad artística se hallaba embotada y como olvidada por falta de ejercicio y de predisposición natural; de modo que todo lo que tenía de agudo, y no era poco, se confinaba a aquellos dominios del intelecto en donde cabe operar con el silogismo. Se le veía en la cara. Los ojos le irradiaban inteligencia, sátira, regocijo ante el error del otro; y la boca y la mandíbula expresaban agresividad. Tanto en sus escritos como en su persona, era Araquistain agresivo, y uno se daba a pensar en las riñas púgiles con las que solían antaño distraer su aburrimiento los marineros. Daba, pues, siempre la impresión de ser hombre de alta presión agresiva, de modo que para él la brega política como la polémica desgranaban sus episodios siempre al borde de la riña de gallos»[3].

---

español contemporáneo, Losada, Buenos Aires, 1962 (con prólogo de Luis Jiménez de Asúa); entre sus obras literarias, las novelas *Las columnas de Hércules*, Ed. Mundo Latino, Madrid, 1921, o *El archipiélago maravilloso*, Ed. Mundo Latino, Madrid, 1923, y, entre las de teatro, *El coloso de arcilla*, Prensa moderna, Madrid, 1928.

2 Tusell, Javier, «Vida y política de Luis Araquistain», en Peña Marazuela, María Teresa, *Los papeles de don Luis Araquistain Quevedo en el Archivo Histórico Nacional*. Subdirección General de Archivos D.L., Madrid, 1985.

3 Madariaga, Salvador de, *Españoles de mi tiempo*, Planeta, Madrid, 1974, pp. 309-310.

Como socialista, Araquistain pasó de un posibilismo de inspiración *fabiana* en los años de la Guerra Europea, a un discurso jacobino e inflamado en los años treinta, para volver, en el exilio, cuando ya estaba enemistado con la mayoría de su partido, a un socialismo moderado, atlantista y radicalmente anticomunista; en definitiva, Araquistain pasa por haber sido un socialista «desnaturalizado», heterodoxo, que se hizo acreedor por méritos propios de críticas inmisericordes, dentro y fuera del partido. En su etapa de periodista, en los años cruciales de la Guerra europea, Araquistain, que fue implacable con Maura y Romanones, alabó, sin embargo, a Melquiades Álvarez, a quien consideraba una especie de Lloyd George español e, incluso, contemporizó con los anarquistas moderados, como Seguí y Pestaña, pero sin alzar voz disidente alguna dentro de su partido. Después, cuando el líder del reformismo se manifestó incapaz de satisfacer tan altas expectativas, Araquistain no se inhibió de manifestar públicamente su decepción, como tampoco de enfrentarse a la disciplina del partido en la polémica del «tercerismo», seducido como tantos otros por la revolución rusa, para, sin embargo, votar después contra las «21 condiciones» que provocaron la escisión y dieron origen al partido comunista, y abandonar, finalmente, la militancia durante unos años. Cuando, en el umbral de la República regresó al partido socialista, se mantuvo disciplinado, como siempre, en el ala «caballerista», y sus desencuentros con Besteiro, como con Prieto, en los momentos de mayor tensión interna entre centristas y «jacobinos», fueron sonados. Más tarde, su inquina contra Negrín como jefe de gobierno no fue menor; al final de la Guerra Civil, en la carta de dimisión que, como portavoz de la minoría socialista en las Cortes republicanas, presentó a Martínez Barrio en abril de 1939, Araquistain «estrangulando viejos afectos», literalmente, acusaba a su antiguo amigo de ser el más funesto e irresponsable hombre de gobierno que había tenido España, una denuncia anticomunista que abría la espita a los rencores y a las enemistades políticas que caracterizaron al exilio socialista. Ni siquiera con Largo Caballero, su jefe de filas y mentor político, se libró Araquistain de los desencuentros, y aunque le defendió con total entrega después de octubre del 34 desde las páginas de *Leviatán*, y le acompañó en el camino hacia el exilio en 1939, también éste le retiraría su confianza poco antes de morir, en 1946[4].

---

4 Fuentes, Juan Francisco, *Luis Araquistain y el socialismo español en el exilio (1939-1959)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.

La biografía de Araquistain es, como su obra, irregular, oscura y diáfana al mismo tiempo; empezando por sus orígenes, de los que él siempre evitaba los detalles, Araquistain había nacido el 19 de junio de 1886 en Bárcena de Pie de Concha, un pueblo del interior de la provincia de Santander, aunque todo el mundo le daba por vasco, una anécdota que consideraba expresiva de la confusión que había en España entre patriotismo e identidad[5]. Vasco de Elgoibar, con ascendencia en Eibar, era su padre, Arsenio Araquistain Aguirre, que tenía negocios en el puerto de Santander, y su madre, María Quevedo Calderón, castellana de Valladolid pero de ascendencia montañesa. Solo las circunstancias parecen haber situado a la pareja en la casa de la abuela materna en Bárcena de Pie de Concha, lugar al que Araquistain no regresaría. El abandono de su padre le llevó a vivir con unos parientes en Bilbao, donde en 1904 consiguió el título de marino mercante. El desarraigo afectivo y un cierto espíritu trashumante le llevaron a viajar por algunos países de América del sur, hasta que en Argentina, de forma casual, descubrió la escritura y el periodismo, que se convirtió, a partir de entonces, más que en una profesión, en una pasión.

Araquistain regresó a España en 1908 como escritor y se orientó enseguida a la crónica política en varios periódicos de Bilbao y Madrid, entre ellos, *La Mañana* –el periódico de la izquierda liberal *canalejista*, fundado por Luis Silvela en 1909, y dirigido por Manuel Bueno, donde coincidió con Luis Morote, Luis Bello, Ramón Pérez de Ayala, Gregorio Martínez Sierra, e, incluso, con Pablo Iglesias–, *El Mundo* y luego en *El Liberal*, un periódico republicano levemente anticlerical y proclive al societarismo obrero, pero destinado al gran público, en el que la firma de Araquistain comenzó a ser conocida, especialmente, cuando hizo de corresponsal en Londres, donde las amistades, como veremos más adelante, y el conocimiento de la política británica le hicieron un defensor de la democracia liberal. De Londres, pasó a Berlín en 1911, donde entró en contacto con el marxismo y el neokantismo, y en una de sus idas y venidas, se afilió al partido socialista. En 1914 se casó en Londres con Gertrud Graa, Trudy, suiza de origen lituano, que sería a partir de entonces su compañera de vida y madre de sus dos hijos, Ramón y Sonia[6]. A su regreso,

---

5 *España*, Madrid, 4 de septiembre de 1919, «La montaña o el tema de la patria chica» por Luis Araquistain

6 Trudy Graa, a la que todos describen como una mujer muy bella, inteligente y de, al menos, tanto carácter como su marido, era habitual en las tertulias de mujeres del *Lyceum Club* de Madrid. Véase Mangini, Shirley, *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*, Península, Barcelona, 2001.

Araquistain frecuentó los ambientes intelectuales del Ateneo y la Liga de Educación Política, próximos al partido de Melquiades Álvarez, relacionándose con lo más selecto de la sociedad madrileña, sin parar de escribir colaborando con la revista *Europa*, *Iberia, El Imparcial* y en *España*, «semanario de la vida nacional», que dirigía Ortega y Gasset. La polémica de la neutralidad abrió una fractura entre los colaboradores que afectó a la revista, que, además, a finales de 1915, cuando Ortega dejó la dirección interesado en otros proyectos editoriales, estaba en quiebra técnica, por lo que ofrecieron el puesto a Araquistain que aceptó encantado, figurando como tal en la cabecera desde febrero de 1916 hasta que le sustituyó en enero de 1923 Manuel Azaña.

Araquistain, lector voraz de la filosofía y la literatura alemana, e interesado por el socialismo de cátedra, se manifestaba entonces más kantiano que marxista, asumiendo como propio el ideal colectivo de modernización a la europea del que hablaba Ortega, una empresa común de nacionalización democrática para España, y la actitud metódico-reflexiva característica de la Generación del 14, que la diferencia de la del 98[7]. Con el tiempo, Araquistain sería muy crítico con el *krausismo*, oponiendo la dialéctica marxista a la «prisión kantiana» del *krausismo*, que obligaba al pensamiento a convertirse en acción y deplorando que la ética de los principios sirviese de justificación a la ausencia de acción. Esa fe en la dialéctica, en la capacidad transformadora de la acción, que trascendía, a su parecer, a la desalentadora pasividad de los «intelectuales», parece haber sido la que le hizo dejar el periodismo y asumir en 1931 el riesgo de posibilismo que implicaba la presencia en el gobierno de los socialistas y su colaboración con la «república burguesa». De nuevo la experiencia, a partir de la derrota electoral de los socialistas que en noviembre de 1933 acudieron en solitario a las urnas, le convenció de que había sido un error y que era necesario cambiar de táctica. A partir de ese momento, en la revista *Leviatán*, bajo su dirección, la revolución socialista sería la única alternativa contra el avance del fascismo por Europa, del mismo modo que en el periódico *Claridad*, con su apasionamiento característico, volvería a defender en 1936 la táctica acción/reacción, que ya había sostenido en su etapa de radical aliadofilia en pro de la democracia, aquel prosaico «cuanto peor, mejor» que, en esta ocasión, allanaría el camino hacia el socialismo. Que Araquistain interpretara con naturalidad la polarización en los meses previos al golpe

---

7 Cerezo Galán, Pedro, *José Ortega y Gasset y la razón práctica*, Biblioteca Nueva/Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, Madrid, 2011, especialmente, pp. 25-30.

militar del 18 de julio y el estallido de la Guerra Civil, y que lo justificara, no solo probaba la magnitud de la hegemonía del «caballerismo», sino también la fractura interna en el partido.

La euforia, sin embargo, no le duró demasiado a Araquistain; en setiembre de 1936 fue nombrado por el gobierno presidido por Largo Caballero embajador en París y su cometido fue gestionar las ayudas para la República en guerra en unas circunstancias muy complicadas. Sorteando innumerables dificultades, Araquistain logró, sin embargo, con la ayuda de Max Aub y José Gaos en la organización, y de Sert y Lacasa en la parte técnica, que España estuviera representada en la Exposición Universal de París de 1937, y que el Pabellón español, con obras de Miró, Calder, Julio González, Picasso…, alcanzase una gran resonancia internacional. La salida del gobierno de Largo Caballero en mayo de ese año, le devolvió a España, consciente de que la revolución socialista que había tratado de impulsar el gobierno de «auténtico» frente popular», había fracasado y que, con el nombramiento de Negrín para encabezar el gobierno, había llegado la hora de hacer balance. Instalado en Barcelona y recluido, prácticamente, en su casa, se dedicó a criticar abiertamente en sus colaboraciones en la prensa anarquista a su otrora gran amigo Juan Negrín, convertido, a su juicio, en rehén de la estrategia de los comunistas de anteponer la guerra a la revolución.

En febrero de 1939, Araquistain pasó la frontera en dirección a París, una complicada peripecia en la que acompañó a Largo Caballero, para de allí ir a Londres. En Londres vivió experiencias personales muy amargas, como la muerte de Trudy en 1942 a causa de la leucemia, y el suicidio de su hija Sonia en 1945, que le causaron un abatimiento profundo. Como testigo de la Segunda Guerra Mundial, había albergado esperanzas en un posible restablecimiento de la democracia en España, e, incluso, colaboró con Prieto en las negociaciones del Pacto de San Juan de Luz, pero, después, se rindió ante la evidencia de que la dictadura de Franco no tenía fácil remoción, e intentó concentrarse en la literatura. En 1952 se trasladó, con su hijo Ramón, a Ginebra, donde murió el 6 de agosto de 1959, defendiendo en sus últimos años un europeísmo atlantista, socialdemócrata y anticomunista, que, como en el juego de mesa, le devolvía a la casilla de salida.

Habitualmente se considera que hay tres Araquistain, el primero, el periodista aliadófilo, director de la revista *España*, pasa por ser un socialista moderado y posibilista; el segundo, el político y escritor, fiel a Largo Caballero, director de *Leviatan*, y *Claridad*, es probablemente el más conocido y criticado como inductor de la «bolchevización» del partido socialista; y, finalmente, el

tercero, el del exilio, el escritor escéptico y liquidador que retornaba a sus orígenes «socialdemócratas». El Araquistain al que vamos a dedicar más atención en estas páginas es el primero, el director de *España*, defensor de la democracia liberal y el socialismo democrático en los años de la Guerra europea, aparentemente contradictorio con el segundo, el de *Leviatán* y *Claridad*, el más breve, pero en el que están las claves para comprender al último, el del exilio, ya que, en cierto modo, lo descodifica. Fuera de cámara quedan necesariamente numerosos aspectos de detalle de la biografía y la obra de Araquistain, un escenario en el que la importancia de los actores que por él circulan y la trascendencia de las situaciones vividas, dan la medida del personaje, que cuenta con una relativamente amplia nómina de estudios muy especializados dedicados a su obra[8]. En los tres Araquistain, sin embargo, están presentes sus dos principales obsesiones, que fueron las de su generación: el papel de España en Europa, y el futuro de la democracia amenazada, y, aunque en la etapa final del exilio Araquistain mostrara su lado más idealista cultivando la historia del arte y la reflexión filosófica, su controvertida vuelta a los orígenes al final de su vida, bien podría ser interpretada como una forma de elipsis geométrica, y no como el resultado de su supuesta heterodoxia.

Democracia liberal y socialismo democrático en el Araquistain aliadófilo

Los referentes del socialismo en Araquistain eran menos teóricos que experimentales, cuando ingresó en el partido socialista en 1911 ya había seguido como corresponsal de *El Liberal* en Londres la trayectoria del *Labour Party*,

---

8 Entre otros trabajos, véanse: Bizcarrondo, Marta, *Araquistain y la crisis socialista en la II República. Leviatan (1934-1936),* Siglo XXI, Madrid, 1975; Fuentes, Juan Francisco, *Luis Araquistain y el socialismo español en el exilio (1939-1959)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002; Ferrándiz Alborz, Fernando, «Luis Araquistain, su obra en su tiempo», en Nájera, Aurelio Martín (Superv. Dir.), *Catálogo de los archivos y documentación de los particulares*, vol. II, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1993; Tuñon de Lara, Manuel, «*España*, semanario de la vida nacional» y Montero, Enrique, «La financiación de *España* y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial», edición facsimilar de *España*, Topos Verlag, Vaduz/Turner, Madrid, 1982; Barrio Alonso, Ángeles, «Estudio Preliminar», en Araquistain, Luis, *La revista España y la crisis del Estado liberal*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, Santander, 2001, pp. 13-64, y «Estudio Preliminar», en Araquistain, Luis, *Polémica de la guerra*, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 2008, pp. XIII-LXII (ed. Facsimilar).

que consideraba decisiva en la evolución del liberalismo decimonónico hacia la democracia del siglo XX, y en nada parecida a la del partido en España que, desde la firma de la Conjunción republicano-socialista, se debatía entre el discurso de la revolución democrática y la socialista. Araquistain había ingresado en el partido obrero en un momento de fugaz y tibia apertura a los intelectuales y clases medias. La Escuela Nueva, impulsada por Núñez de Arenas como espacio de convivencia interclasista y en la que colaboraron Julián Besteiro, Manuel Azaña, Cossío, o el propio Araquistain, como la revista *Nueva Era* donde se trataban temas de socialismo científico y «nuevo liberalismo», o *Vida Socialista*, igualmente centrada en el pensamiento socialista europeo, la actualidad política y cuestiones sociológicas, y en la que participaban las mejores firmas del momento, influyeron mucho en ese proceso de apertura del partido a la sociedad. Precisamente, en *Vida Socialista* Araquistain publicó tres colaboraciones entre 1912 y 1913, en las que demostraba claramente que sus referentes políticos no estaban en ese momento en España, sino en Europa, y más concretamente, en Inglaterra. En una de ellas, «La guerra industrial. Causas y remedios», Araquistain tomaba como pretexto la aparición del libro *What the worker wants*, una recopilación de artículos del periódico conservador *Daily Mail,* de muy diversos autores –entre otros, su admirado H.G. Wells, a quien Araquistain había entrevistado en varias ocasiones–, para entrar en la cuestión del *lib-lab* –el pacto entre liberales y laboristas– y concluir que para el laborismo no había significado ninguna rendición y que si la clase obrera británica había perdido la confianza en el parlamentarismo y la democracia no había sido por la experiencia de la colaboración con los liberales, sino por las limitaciones de la clase dirigente que dominaba la política:

> «La causa más seria del descontento obrero es, sin duda, su desilusión respecto del sistema parlamentario, pero no porque este sistema haya ya realizado la función para la que fue creado (…) sino porque apenas ha comenzado a realizarla, no la ha comenzado a causa del sistema odioso de los grandes partidos»[9].

En el debate interno que el partido socialista sostenía en España acerca de las ventajas e inconvenientes de la Conjunción Republicano-socialista, cuyas posibilidades de gobierno eran más que remotas, la comparación con el caso británico resultaba prácticamente inútil. Pero el estallido de la Guerra europea en el verano de 1914, con el fracaso del internacionalismo proletario por parte de los socialistas, arrastrando a Francia y Gran Bretaña a una guerra defen-

9 *Vida Socialista*, Madrid, 2 de febrero de 1913.

siva frente al desafío imperialista del Reich, añadiría otro elemento no menos polémico a la controversia sobre la conveniencia del pacto con el republicanismo. La ponencia firmada por Besteiro y Vera en el X Congreso del partido, celebrado en octubre de 1915, y en la que reconocían la precaria fuerza de los socialistas, reafirmaría la necesidad de la Conjunción como una vía de transición, a través de la revolución democrática, hacia la revolución socialista, no andaba lejos de la senda que Araquistain parecía insinuar:

> «El socialismo español debe mostrarse en sus predicaciones, en su organización y en su acción como una fuerza nacional, progresiva, democrática y civilizadora. No puede ser perturbación porque es organización. Sabe bien que en su medio social con vida económica miserable y civilización embrionaria no puede crecer ni sentirse a sí misma ni a la sociedad en que vive, si no es con la más santa de las intenciones y la más evidente de las impotencias. En este camino, y para hacer nación, progreso, civilización y democracia, para hacer Socialismo, nos encontramos con los republicanos. (…)
>
> La corriente republicana y la socialista, más amplia ésta y de cauce abierto a un porvenir ilimitado, son paralelas en muchos trozos del trayecto y muchas veces convergentes ¿Cómo, nosotros, los socialistas, no convertiremos en propósito deliberado este paralelismo, esta convergencia, esta conjunción natural con las fuerzas republicanas?
>
> Además, hay una consideración que sólo obcecadamente podemos olvidar. La consideración de nuestra debilidad. Grandes en fuerzas ideales, teniendo a nuestro favor todas las corrientes activas de progreso, todo desenvolvimiento humano conforme a naturaleza y a razón, somos débiles como fuerza eficaz sobre las conciencias y sobre los hechos. No será en el aislamiento donde aumentemos nuestra eficacia. Hablemos y actuemos para que nos conozcan. En la relación con la clase trabajadora y en la relación con todas las fuerzas vivas nacionales y hasta en la relación con los indiferentes, tenemos que buscar nuestra fuerza, nuestra eficacia y nuestro triunfo…»[10].

Para Araquistain, que analizaba desde otra perspectiva el papel que debía jugar en España el socialismo, el objetivo prioritario en aquellos momentos era la democracia; tenía conciencia de que la defensa que los socialistas alemanes venían llevando a cabo en el parlamento en pro de la jornada de ocho horas, el sufragio universal o el 1º de mayo, no era incompatible con la fe en la revolución socialista; pero, también de que, cuando en el verano de 1914 votaron

---

10 *El Socialista*, Madrid, 27 de octubre de 1915, «X Congreso Nacional del Partido Socialista Español».

a favor del presupuesto de guerra, las cosas habían cambiado[11]. Araquistain fue testigo de la tormenta dialéctica entre los socialistas europeos acerca del eurocentrismo de la II Internacional y la cuestión de la pervivencia de los fundamentos marxistas en el proceso de expansión y crecimiento de los partidos socialistas europeos, obligados a decidir entre el internacionalismo proletario o los intereses nacionales amenazados por el militarismo alemán[12]. De esa experiencia sacó varias conclusiones, una, que la preocupación de los socialistas alemanes por la progresión del posibilismo entre sus filas era infundada, que hubiera muchos más diputados socialistas en los parlamentos europeos, no ponía en cuestión el ideal de la revolución; otra, que la distancia entre los partidarios del programa revolucionario del marxismo y los defensores de un humanismo de corte ético, más proclive a las coaliciones en pro de la democracia, como Vandervelde en Bélgica, Adler en Austria o Turati en Italia, había ido creciendo; y, la más importante, que si Alemania ganaba la guerra, el futuro de los partidos socialistas europeos era incierto, por lo que no cabía otra alternativa que defender la causa de la democracia, como vía de transición al socialismo.

En Londres, Araquistain se había relacionado con Pérez de Ayala y Maeztu, que le habían introducido en los círculos *fabianos*. También se había sentido atraído por el liberalismo reformista de Lloyd George, que le llevó al convencimiento de que la moral del liberalismo británico era la síntesis de las tradiciones democráticas europeas, las mismas que en España representaba el republicanismo. Su conclusión fue que la idea de democracia liberal nunca podría hacerse realidad en España mientras hubiera una monarquía retrógrada y antidemocrática como la de Alfonso XIII[13]. Así que, cuando volvió a Madrid, en el clima ficticio de la neutralidad oficial española, Araquistain era ya un aliadófilo convencido que no dudaría en ponerse del lado de la causa de la democracia, por más que en el partido socialista hubiera muchas dudas acerca de la cuestión de la paz y la guerra. En la dirección de la revista *España* encontró el vehículo idóneo para expresar sus ideas sobre la neutralidad española, sobre la crisis política y el futuro del socialismo en democracia.

---

11 Eley, Geoffrey, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Crítica, Barcelona, 2003, pp. 129-144. Fuentes Codera, Maximiliano, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Akal, Madrid, 2014.

12 Núñez Seixas, Xosé Manoel, *Entre Ginebra y Berlín. La cuestión de las minorías nacionales y la política internacional en Europa. 1914-1939,* Akal, Madrid, 2001.

13 Araquistain, Luis, *España en el crisol*, pp. 23-54 y 101-114

La revista se encontraba a finales de 1915 en situación crítica a causa de la subida del precio del papel por la guerra y la bajada de la publicidad, pero Araquistain se encargó de gestionar ante la embajada británica, deseosa de atraerse a la opinión pública española, los recursos necesarios para garantizar su continuidad. Comprensivo con la posición que los socialistas alemanes habían adoptado –por desconocimiento de la democracia, a su juicio– y con la de los franceses, porque era un efecto típico de estímulo/reacción, Araquistain consideraba que el socialismo no debía perderse en debates estériles sobre nacionalismo, sino recuperarse para la unidad del internacionalismo al final de la guerra. Sus razones no eran de índole doctrinal sino prácticas, el hecho de que los dos periódicos socialistas de mayor tirada, *Vorwärts*, órgano central del partido, y *Volkzeitung* de Leipzig, se hubiesen manifestado no críticos, sino muy críticos, contra el grupo parlamentario socialista, o que Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Ledebour, Berstein, Mehring y algunos otros más, representaran la continuidad del ideal obrero dentro del partido y la cordura dentro de la locura militarista y nacionalista, eran, en su opinión, solamente síntomas de la falta de unanimidad dentro de la diversidad, y no propiamente de crisis. El destino del socialismo no estaba amenazado por la guerra, sino sólo por el triunfo de Alemania y la derrota de Francia y Gran Bretaña, que significaría el final de los derechos sociales de los trabajadores conquistados tan laboriosamente hasta entonces[14]. La tendencia de los partidos socialistas europeos a juzgar la guerra de manera extremista, como lo hacía el partido socialista español, a juicio de Araquistain, sin embargo, los estaba distrayendo con debates estériles sobre el nacionalismo, apartándolos del objetivo de responsabilidad del socialismo ante el futuro, que no era otra cosa que gestionar la paz cuando se produjera la derrota de Alemania, e impedir otra guerra. Llevar a cabo ese proyecto era imposible sin el compromiso de la clase obrera, por lo que no cabían inhibiciones:

> «Tenemos que ser agentes, actores en esta gran guerra; nadie que tenga sentido histórico puede quedarse en el anfiteatro vociferando contra los que representan el bárbaro drama; todo el mundo está obligado a decidirse por un papel u otro. Hay dos razones para ello. Una es una razón de origen y otra una razón de finalidad. Originariamente, la guerra es una infracción de las bases en que se asienta la gran familia de los Estados europeos. Si un capitalista, movido por la envidia, o por el

---

14 En *Polémica de la guerra,* p. 275, escribía Araquistain: «Después de la guerra tendremos para rato régimen capitalista; pero éste, para salvarse, está recurriendo durante la guerra a un sistema socialista».

deseo de reducir el número de sus competidores, ataca con un puñal a otro capitalista, no decimos que sólo se trata de una riña de capitalistas, indiferente para la clase proletaria. El agresor, antes que capitalista, es un hombre que viola la paz civil, fundamento de toda sociedad humana; todos los hombres tienen el deber de evitar su agresión, y si no lo logran, de evitar por lo menos su reincidencia; otra cosa sería el retorno al estado natural, a la lucha perpetua, a la guerra perenne».

Aunque Araquistain consideraba la causa de los aliados moralmente tan justa que, por sí sola, legitimaba los sentimientos nacionalistas de Francia e Inglaterra, que los socialistas europeos diesen la espalda al internacionalismo obrero era el peor balance posible de la situación, y de ahí que representara, a su modo de ver, una oportunidad histórica[15]. En la recuperación de esa conciencia tras el final de la guerra, el pacifismo tendría que dejar de ser inofensivo y hacerse revolucionario:

«En vez de manifestaciones tranquilas y de exaltaciones meramente retóricas en el mitin y en el periódico, habrá que recurrir a la conspiración, al tumulto, a la revolución, a cuanto haga falta para impedir a los gobernantes el quebrantamiento de la paz del mundo. Y si algún inepto teórico alemán replica que hoy es imposible una revolución, porque basta una ametralladora en la boca de una calle para barrer mortíferamente a una muchedumbre, se le contrarreplicará que a una ametralladora se responde con otra y que la clase obrera podrá revolucionarse armada con los armamentos más perfectos»[16].

La polémica, trasladada a España, alimentó la controversia entre socialistas simpatizantes de la causa aliada, y en el X Congreso del partido en octubre de 1915, Araquistain insistió en que, ante el dilema moral de la guerra y la neutralidad, era inútil el romanticismo:

«Moralmente, todos los Estados debieran intervenir en la lucha, pero no jurídicamente porque el derecho internacional no está ajustado a la moral. Naturalmente, los socialistas debemos sentir más que ningún otro partido esa obligación moral y no sacrificarlo todo a la reconstitución de la Internacional. La Internacional reconstruida, no tendría inmediatamente fuerza bastante para asegurar la paz, como no la tuvo para evitar la guerra»[17].

---

15 Bauer, Otto, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1979. Cole, Douglas Howard, *Historia del pensamiento socialista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975. Vol. III.

16 Araquistain, Luis, *Polémica de la guerra…*, *op. cit.*, p. 288

17 *El Socialista*, Madrid, 31 de octubre de 1915, intervención de Araquistain en la décima sesión del X Congreso nacional, dedicada a la discusión respecto a la guerra europea.

Araquistain, con Besteiro y Fabra Ribas, presentó la moción en contra de la neutralidad, ganaron, y la cuestión quedó zanjada, lo que le permitió insistir, una y otra vez, desde la dirección de *España* en la idea de que mantenerse neutral era extremadamente peligroso para España que, dada su posición estratégica en el Mediterráneo corría el peligro de convertirse en la «Turquía de Occidente», y con su característica mordacidad escribía:

> «Hay en nuestro país gentes que se parecen, en el celo extremado y extemporáneo con que defienden la neutralidad de España, a esas solteronas quincuagenarias que viven constantemente en el terror de que algún malvado asalte su virtud»[18].

Las manifestaciones enfáticas de Araquistain a favor de los aliados, le valieron la hostilidad de *ABC*, que emprendió una campaña contra él acusándole de violar la neutralidad oficial, pero eso solo le dio más fuerza para redoblar su crítica al gobierno. En un artículo publicado en diciembre de 1916, «Hacia la tercera neutralidad» –uno más en una serie sucesiva en la misma línea–, Araquistain arremetía contra la falsa custodia de la neutralidad, mientras no cesaban los ataques de los submarinos alemanes a los barcos españoles, acusando al gobierno de «constantinismo», una metáfora que había tomado prestada de Unamuno:

> «El cesarismo, si fracasa, puede engendrar la revolución; pero también puede acabar en revolución el constantinismo, como lo anuncian algunos signos en Grecia. El constantinismo, en suma, puede ser el puente para que se incorporen espiritualmente a la guerra muchos hombres y partidos que creían excluida de ella la vieja lucha entre república y monarquía. Entretanto, bueno es que nos vayamos soltando en la difícil conjugación del verbo constantinizar: yo constantinizo, no constantinice usted…»[19].

Araquistain vaticinó en aquel artículo el final político de Romanones a causa de su falta de decisión, de su encogimiento, de su pasividad y retracción enfermiza, al no denunciar el bloqueo ante la sociedad española, y casi acertó porque, en abril de 1917, le sucedía en el gobierno García Prieto, sin que cambiara la situación y haciendo crecer los sentimientos aliadófilos de la sociedad española. Después de la crisis de agosto de ese año, cuando ya había entrado en la guerra Estados Unidos, y Romanones trataba de evitar una paz forzada que perjudicaba a España como país neutral, Araquistain no tuvo piedad, haciendo del defecto físico de la cojera del conde trasunto de sus «defectos» morales, ya

---

18 *España*, Madrid, 2 de noviembre de 1916, «¿No vale nada España?», por Luis Araquistain.

19 *Ibidem,* Madrid, 17 de mayo de 1917, «Un pueblo narcotizado», por Luis Araquistain.

que en el camino a la negociación de la paz, España en su demora a adoptar la posición de los aliados no podía hacer valer su dudosa neutralidad en el concierto europeo que se abría tras el final de la guerra[20].

Aunque el interés de la embajada británica en la revista *España* se había enfriado ya, y hubo que recurrir a fondos franceses para mantener la revista a flote, Araquistain no dejó de estar a favor de la causa de los aliados hasta el final de la Guerra, enlazándola con su otra obsesión, la crisis política española. Por su simpatía a Lloyd George que, a su juicio, era un ejemplo evidente de cómo un liberal abierto e inteligente se había escorado hacia el laborismo para hacer política de Estado y no de partido, Araquistain se inclinaba hacia Melquiades Álvarez y no hacia Lerroux, porque sus posibilidades de dar un golpe a la monarquía y modernizar el Estado le parecían mucho mayores. Araquistain definía el problema político español en términos de patología, hablaba del «narcótico neutralista», de los «pueblos incapacitados», de España como «Paralisia», un país en donde disputaban «asesinófilos y asesinófobos»[21], pero, lo grave era que, a pesar de la retórica revolucionaria, sin poder civil, sin voluntad popular, el problema persistía por la falta de hombres capaces:

> «No es en esencia, por lo tanto, la actual una crisis de hombres que no hallen puesto, ni de puestos que no hallan hombres. Tampoco es una crisis de técnica. Claro está que todo ello entra en la crisis de conjunto: hay tal vez algunos hombres que gobernarían mejor que otros, puestos que difícilmente pueden llenarse con decoro y técnica defectuosa. Pero la crisis más honda consiste en un conflicto de poderes frente a un régimen de autocracia, la conciencia pública reclama un régimen de democracia. Por esto es revolucionario el movimiento de los militares: han dado el ejemplo al resto de la nación, y al insurreccionarse contra la autocracia han desvanecido, ante la opinión pública, el temor que la coartaba y contenía, de que fuesen los más firmes sostenes del poder personal. Es una crisis constitucional, que solo podrá solucionarse con la reforma de la Constitución, aboliendo toda prerrogativa individual en beneficio del Parlamento. Esto es aquí lo nuevo. Y también lo claro. Y si no se otorga inmediatamente, la democracia española, desesperada a la postre de poder realizarse dentro de la monarquía, tendrá que buscar como instrumento de expresión otra forma de gobierno»[22].

---

20 *Ibidem,* 17 de enero de 1919, «Romanones a París. Un viaje lamentable», por Luis Araquistain.

21 *Ibidem,* Madrid, 31 de enero de 1918, «Pueblos trágicos. El país de los paralíticos», por Luis Araquistain.

22 *Ibidem*, 14 de junio de 1917, «La crisis de la autocracia» por Luis Araquistain.

El ambiente inflamado de aliadofilia que había presidido el célebre mitin de las izquierdas en mayo de 1917, con Azcárate, Barcia, Leopoldo Palacios, Zulueta, Besteiro, Azaña, Núñez de Arenas y Araquistain, entre otros, en la tribuna, y en el que Melquiades Álvarez hizo una encendida declaración de fe «republicana», le había hecho creer en la posibilidad de que la Guerra había activado la confianza en la democracia y contra la oligarquía, y que las condiciones eran idóneas para una revolución que Araquistain veía como un gran movimiento desde abajo, sin relación con golpes de Estado, sino como un impulso irrefrenable que procedía de la falta de alternativas, ¿cómo negarse, pues, a la Conjunción? se planteaba[23]. Y de ahí que interpretara la movilización que desembocó en la huelga de agosto de ese año como un episodio más de la gran conmoción revolucionaria que atravesaba el continente de parte a parte. Su noción de evolución como revolución, presente en muchos de sus textos, está en relación con el papel que en la crisis política española le atribuía al socialismo, resaltando la paradoja de que las izquierdas se veían obligadas a asumir el papel histórico de los liberales, de tal modo que, con la prensa amordazada y la opinión pública anestesiada, el socialismo democrático tenía que ocupar, por ausencia de éste, el lugar del liberalismo democrático, y adoptar posturas «conservadoras», como solicitar la apertura del parlamento o las garantías constitucionales.

La huelga revolucionaria de agosto fracasó rotundamente, pero no le quitó a Araquistain la confianza en Melquiades Álvarez. En plena movilización sindical y protestas del invierno de 1918-19, Araquistain proponía desde *España* la solución a la «británica» del parlamento industrial, un foro para que patronos y obreros llegasen a los acuerdos necesarios para garantizar la pacificación de las relaciones laborales, señalándole como la gran esperanza española que, como Lloyd George, con su visión de Estado, podía encarnar el espíritu de transacción necesario para resolver la grave crisis política y social. Pero, cuando a partir de 1921-22 quedó claro que la democracia liberal no era una alternativa viable en España, Araquistain, que simpatizaba con la revolución bolchevique aunque no formó parte de la escisión «tercerista» que dio origen al partido comunista, se inclinó por la movilización de la opinión pública, por la contestación en la calle, por la insubordinación en los centros de trabajo, poniendo como ejemplo las ocupaciones de fábricas en Italia, el fenómeno *consejista* del

23 *Ibidem,* 24 de mayo de 1917, «El mitin de las izquierdas», por Luis Araquistain.

llamado *bienio rosso*, como una fórmula reactiva para acabar con la «parálisis» morbosa de España.

En enero de 1923 dejaba oficialmente la dirección de *España*, de la que se haría cargo Manuel Azaña; su fe en Melquiades Álvarez y en el liberalismo democrático que representaba su proyecto, se había debilitado hasta el punto de no reconocerle ya posibilidades para gestionar una crisis de tamañas dimensiones. Cuando Melquiades Álvarez presidía el Congreso de los Diputados, en un artículo publicado en mayo de 1923 bajo el epígrafe «Hacia una crisis histórica», Araquistain manifestaba sus dudas sobre la regeneración política por vía parlamentaria, y señalaba cómo Don Melquiades, ironías del destino, se había convertido en «piloto de la Corona en el Congreso», para advertir, finalmente, con tono premonitorio que, si no había civiles capaces de instaurar el principio de responsabilidad en todas las funciones del Estado, probablemente esa función tendrían que asumirla los militares[24].

Virtualidad del socialismo y la dialéctica de la praxis en Araquistain

La virtualidad del socialismo en la política española, las claves de su papel histórico, como se desprende de la trayectoria del partido obrero, desde sus orígenes en 1879, hasta su consolidación como partido de gobierno en 1982, es una cuestión que sigue abierta al análisis y a la interpretación. A lo largo de sus más de cien años de historia, y hasta que en 1979 renunciara oficialmente al marxismo en un congreso extraordinario, el discurso oficial del partido socialista osciló entre la retórica pro lucha de clases, característica de una formación obrera, y el gradualismo propio del socialismo democrático; o dicho de forma más esquemática, entre la ortodoxia marxista y la socialdemocracia. La historia del socialismo español, de sus organizaciones –que incluye a UGT, el sindicato «hermano», y a la organización juvenil–, corrientes internas, programas, prácticas, prensa, propaganda o personalidades más sobresalientes, está salpicada de personalismos, y de intercambios e «interferencias» entre el partido y el sindicato, especialmente en aquellas ocasiones en que el sindicato, que tenía más fuerza, condicionó la orientación del partido. El debate interno sobre la democracia como objetivo, o como fase en el camino hacia el socialismo, se planteó repetidamente y en diferentes circunstancias políticas –en la Restau-

24 *Ibidem,* 26 de mayo de 1923.

ración, en la dictadura de Primo de Rivera, en la Segunda República, en la Guerra Civil y en el exilio tras la derrota ante Franco– y casi siempre se resolvió a favor de los «jacobinos», por así decirlo, frente a los «socialdemócratas». Los «desencuentros» entre la dirigencia fueron, en consecuencia, inevitables y formaron parte de la historia interna de una organización, en la que la «heterodoxia», como expresión de la diversidad de corrientes y opiniones dentro del partido, tenía pocas posibilidades de éxito si no contaba con el respaldo de las bases, que procedía principalmente del sindicato.

A la luz de su experiencia como militante en el partido socialista, donde había menos espacio para las licencias que en el periodismo y la escritura, la heterodoxia de Araquistain parece, cuando menos, relativa, ya que no discrepó de la línea oficial del partido ni durante las primeras etapas de la militancia, ni cuando se reincorporó al final de la dictadura de Primo de Rivera, habiendo dejado atrás el periodismo, y asumiendo cargos políticos de importancia. Lo suyo parece una «excepcionalidad» que, en cualquier caso, invita a reflexionar sobre la naturaleza y los recorridos de las ortodoxias y heterodoxias en el socialismo español, y que radica en sus textos como periodista y publicista y no tanto en su calidad de miembro del partido. Que la evolución desde el socialismo democrático de su época aliadófila hacia el socialismo radical de *Leviatán* fuera producto de un simple cálculo oportunista, o que su lealtad personal a Largo Caballero pesara más como miembro del partido que sus propias convicciones, parece una hipótesis poco verosímil –se decía que lo del «Lenin español» aplicado a Largo Caballero había sido cosa de Araquistain–, aunque se trata de un asunto no menor, ya que Araquistain, además de haber hecho de la revista *España* en su etapa de director un púlpito para su aliadofilia radical, es quizá uno de los socialistas que más contribuyó a la divulgación del marxismo teórico en España en los años de la Segunda República, a través de sus artículos en *Leviatán* y otros foros. Precisamente por ello, su defensa de un socialismo moderado y alejado del marxismo canónico en los años del exilio, resultaba incoherente para quienes le habían visto defender enfáticamente la «bolchevización» del partido y la vía revolucionaria del socialismo unos años antes, un cambio que, tras la desastrosa experiencia de la Guerra y de las fracturas del exilio, algunos interpretaron no como mudanza ideológica, sino como simple arrepentimiento. Pero, de haber sido, efectivamente, azarosas, morales, o sentimentales, sus razones, el socialismo de Araquistain más que heterodoxo, parece elíptico, inclinado siempre al *tacticismo*, no por desconocimiento de la teoría –Araquistain había leído tanto a Marx como a los revisionistas en versión original–, sino por el imperativo de la acción que representa el *ethos*, la seña de identidad de su generación.

En junio de 1915, en medio de la polémica sobre la neutralidad española, que a su juicio estaba resultando letal para el país, las reflexiones de Araquistain en las páginas de la revista *España* sobre la superioridad moral de la acción sobre el pensamiento, eran muy expresivas de esa pulsión pragmática que, con independencia de sus resultados reales, impregna su obra:

> «El pensamiento puro conduciría siempre, si fuera posible, a una absoluta inacción. Todo acto es un vencer a una mitad del pensamiento. De ahí que todos los espíritus sumamente críticos sean rara vez hombres sumamente dinámicos y, al contrario, los hombres muy dinámicos no lo son sino a expensas de su facultad crítica. Pensar es ver desde el centro de la rosa de los vientos: obrar es olvidarse de todos los demás rumbos y encaminarse en una dirección única»[25].

Esta noción de la decisión política como el producto de una selección exigente y afinada de principios teóricos, en la que no encontraba razón para que la metafísica de las abstracciones no se subordinara a la contingencia de la realidad, hace que su elipsis no represente un desafío a la ortodoxia, sino, como en la figura gramatical, sea más bien un recurso puesto al servicio de unos objetivos políticos determinados, que en este caso eran la europeización y la democratización de España. Si la revolución que Araquistain invocaba en 1915 era ética, cabía en los márgenes del socialismo liberal y correspondía a una nueva generación de hombres capaces de romper el ensimismamiento e insuflar a la sociedad española la ilusión de un proyecto colectivo de cambio, veinte años después, en 1935, haciendo balance de la participación ministerial de los socialistas en el primer bienio republicano, Araquistain consideraba que los errores cometidos habían sido, sencillamente, una experiencia necesaria para romper con lo que él mismo definía como las «ilusiones» del republicanismo democrático:

> «Mientras Largo Caballero trabajaba con frenesí en confeccionar leyes y leyes, yo recibía en la Subsecretaría del Trabajo comisiones obreras que venían diariamente de los campos castellanos, andaluces, extremeños, a denunciarnos que las leyes ya vigentes no se cumplían, que los caciques seguían mandando y que la fuerza pública nada hacía para meterlos en cintura. Rechinando los dientes de impotencia y rabia, las enviábamos a Gobernación, o reclamábamos personalmente a este ministerio o al que fuera; pero las leyes más eficaces no se cumplían, o solo a medias, porque los caciques eran fuertes y porque no había que "favorecer demasiado la política socialista". Estaba visto: sin tener una fuerza superior en la mano, no se puede hacer una revolución, por pequeña que sea, no ya en la calle, sino en el Poder mismo.

---

25 *España*, Madrid, 4 de junio de 1916, «El fantasma de la intervención», por Luis Araquistain.

> Pero esos errores, insisto, fueron necesarios. Sin ellos, sin la experiencia en que se hicieron patentes, sin la participación ministerial de los socialistas, con todas sus consecuencias y enseñanzas, es probable que hoy siguiéramos viviendo todavía en plenas ilusiones republicano-democráticas, como viven otras fracciones del partido»[26].

Araquistain, como el resto de escritores de su generación, no concebía el periodismo como un ejercicio literario, sino como un compromiso cívico –la prensa era, en su opinión, «el más poderoso instrumento de educación popular»[27]–, de ahí la interferencia constante de la opinión, llevando siempre la información a su terreno, y que sus dos grandes preocupaciones, la evolución de España hacia la democracia en el marco de la democracia europea, y la construcción del socialismo, estuvieran presentes, de una u otra forma, en sus textos. Aunque, gracias a sus viajes, a su dominio de los idiomas –hablaba y escribía correctamente inglés, francés y alemán–, y a su pasión casi enfermiza por los libros, tenía una cultura muy vasta y variada, al carecer de los títulos académicos de Ortega, Besteiro, o Núñez de Arenas, Araquistain no se sentía cómodo en los círculos intelectuales autóctonos, y, de hecho, alcanzó más reconocimiento como intelectual en sus etapas de embajador en Alemania y Francia, que en España. Su decepción ante la debilidad del compromiso de los intelectuales en los cambios que el país demandaba, quedaba patente en su demoledor discurso sobre las miserias morales de la «minoría selecta»:

> «Lo que ocurre es que, en España, ese tipo de hombre que se llama a sí mismo intelectual, es como dicen los alemanes, *kleinbürgerlich*. Poco idealista y menos sensible a los dolores de la humanidad, no les preocupa más que eso de hacer su carrera, labrarse una posición, encontrar un pingüe empleo, una cátedra, una sinecura o una novia rica (…) El intelectual medio español, además de creer que es un signo de elegancia espiritual no tener tratos ni relaciones políticas comunes con los obreros, siente una admiración servil por el hombre rico que, en forma más o menos delicada, puede regalarle un sueldo a cambio del ornato de su compañía»[28].

En su ingreso en el partido socialista Araquistain había coincidido con Núñez de Arenas, director de la Escuela Nueva con quien colaboró en distintas ocasiones, con Julián Besteiro, que acababa de obtener su cátedra de Lógica en la Universidad Central, con Óscar Pérez Solís, dedicado entonces

---

26 *Leviatán*, Madrid, octubre-noviembre de 1935. N. 18, «Errores necesarios. Los socialistas en el primer bienio», por Luis Araquistain.

27 Araquistain, Luis, *España en el crisol*, p. 277.

28 *Ibidem,* p. 81.

al periodismo, con Verdes Montenegro y Andrés Ovejero, ambos profesores, pero también con Indalecio Prieto, vasco de adopción como él, con quien mantuvo a lo largo de su vida una relación estrecha, de desavenencias al final de la República y la Guerra Civil, y de sucesivos encuentros y desencuentros en el exilio, o con Julio Álvarez del Vayo, doctor en Derecho que también había ejercido de periodista en Londres, y que se convirtió en su cuñado al casarse con Luisa, la menor de las hermanas Graa, mientras que la segunda, Erika, lo haría con Agustin Viñuales, catedrático de Hacienda Pública en Madrid, y militante de Acción Republicana, el partido de Azaña. Araquistain fue teóricamente influyente en el partido, pero, a diferencia de Prieto o Besteiro, no creo corriente –aunque Azaña proponía hablar de «araquistainismo» en lugar de «caballerismo», en alusión a la radicalización del partido entre 1934 y 1936–, se mantuvo en el ala caballerista fiel al jefe de filas, con un perfil, en general, bajo, y aunque su nombre se barajó en varias ocasiones para ser ministro, fueron sus cuñados los elegidos –Viñuales fue ministro de Hacienda con Azaña en 1933, y Álvarez del Vayo, de Estado con Largo Caballero en 1936, mientras que a él le correspondieron cargos menores como Subsecretario del Ministerio de Trabajo, delegado de la OIT, o embajador.

Cuando era uno de los «nuevos», en los debates que marcaban las posiciones internas en el partido, el de la Conjunción republicano-socialista o el de la postura de los socialistas ante la Guerra europea, a diferencia de Verdes Montenegro, por ejemplo, que era contrario a mantener el pacto con los republicanos y a romper la neutralidad, Araquistain, profundamente aliadófilo, estuvo del lado de las resoluciones tomadas en los congresos, como se puso de manifiesto al firmar con Besteiro y Fabra Ribas la moción que dejó definitivamente zanjada la cuestión de la neutralidad, en octubre de 1915[29]. Sin embargo, en la crisis abierta por los «terceristas», y, especialmente, a raíz del debate sobre las 21 condiciones que exigía la Internacional Comunista, que partió el partido en dos, Araquistain, como Fabra Ribas, no estuvo con los disidentes, que eran mayoría en el partido y las Juventudes, y entre los que tenía grandes amigos como Núñez de Arenas, Oscar Pérez Solís, Verdes Montenegro, o Daniel Anguiano, pero tampoco se sumó a la línea oficial, sino que abandonó la militancia[30]. Sus viajes por Europa y América le mantuvieron fuera del debate

---

29 *El Socialista*, Madrid, 27 de octubre de 1915, «X Congreso Nacional del Partido Socialista español».

30 *El Socialista,* Madrid, 13, 14 y 15 de abril de 1921, «Congreso extraordinario del Partido Socialista Obrero».

sobre la colaboración con la dictadura de Primo de Rivera, e impregnándose de las experiencias vividas en Portugal, México, Haití, Cuba y Estados Unidos, escribió varios libros, entre ellos *España en el crisol* y *La revolución mexicana*[31]. Cuando regreso a España en 1929, tan reconciliado con el partido que animó a Negrín a afiliarse, se volcó en la política, ajustando sus ideas y expectativas a los compromisos de la organización y, aceptando la disciplina de partido, se presentó en abril de 1931 como candidato por Madrid a las elecciones municipales y obtuvo el acta de concejal. Proclamada la República, salió elegido diputado por Bilbao y Valladolid en las elecciones de junio, para entonces, el proyecto de república democrática se había hecho realidad y, además, el partido socialista tenía en él responsabilidades de gobierno, una tarea transformadora que Araquistain asumió con total dedicación, ya desde el escaño en el parlamento, el ministerio de Trabajo, o en el desempeño de la política cultural exterior de altos vuelos en que se había comprometido la República, desde las embajadas de España en Berlín, primero, y más tarde en la de París, ya en plena Guerra Civil[32].

Araquistain trataba siempre de dar a sus argumentos silogísticos una base empírica que evitara las elucubraciones metafísicas que tanto detestaba en los filósofos pero, dada su inclinación natural a la polémica, a menudo sus textos resultaban casi una provocación, y no se enmendó cuando los socialistas pasaron a la oposición en 1933. En la polémica que entabló en 1935 con Besteiro desde las páginas de *Leviatán* a raíz de su crítica al discurso de ingreso de éste en la Academia de Ciencias Morales, y en la que desafiaba su autoridad como filósofo en materia de marxismo, Araquistain parecía más interesado en rebatir a Besteiro, por el placer de ridiculizar a un opositor en el partido y amargarle el nombramiento, que en defender a Marx de los marxistas revisionistas, como, en teoría, pretendía[33]. Consciente del fracaso del proyecto «república», Araquistain se enfrentó con furia, tanto desde el partido, como desde *Leviatán*, primero, o *Claridad*, más tarde, contra toda opinión centrista, como la de

---

31 Araquistain, Luis, *La revolución mexicana. Sus orígenes, sus hombres, su obra*, Editorial España, Imprenta Galo Sáez, Madrid, 1930.

32 Fuentes Aragonés, Juan Antonio, «Luis Araquistain embajador de la II República en Berlín (1932-1933)», *Spagna Contemporanea*, 8, 1995, pp. 19-30.

33 *Leviatán*, Madrid, mayo de 1935, n. 13, y junio de 1935, n. 14, «El profesor Besteiro o el marxismo en la Academia», y «Un marxismo contra Marx», por Luis Araquistain. La respuesta de Besteiro se publicó en *Democracia*, 15 de junio de 1935 y 6 de julio de 1935, «Leviatán y el socialismo mitológico» y «Mi crítico empieza a razonar».

Prieto; su invocación a la movilización de masas y al activismo revolucionario tuvo efectos evidentes en el proceso de gestación del Frente Popular a finales de 1935, cuando el «caballerismo» decidió tomar la dirección opuesta al pacto que Prieto negociaba con Azaña, y aproximarse a los comunistas. En su apologética defensa de Largo Caballero frente a quienes le consideraban un renegado de la lucha de clases, al no haberse declarado responsable ante los jueces de los hechos de octubre de 1934, Araquistain no daba un paso atrás:

> «Francisco Largo Caballero sale del proceso más socialista marxista que antes, como Engels después de la revolución de 1848 y como Marx después de la Comuna de París»[34]

Cuando en mayo de 1937 entendió que había fracasado la revolución socialista que había tratado de llevar a cabo Largo Caballero durante su gobierno de «frente popular» real, arremetió contra Negrín reprobándolo muy duramente. El impacto de su célebre carta de dimisión en abril de 1939 como portavoz socialista ante Martínez Barrio, como presidente de las «fantasmagóricas» Cortes republicanas, fue extraordinario. Publicada en los medios franquistas como prueba de la desnaturalización «comunista» de la república, la carta revelaba la inveterada inclinación a la polémica de Araquistain, que daba por muerta la República a causa del mal gobierno de Negrín, doliéndose, al mismo tiempo, una vez más, de la falta de hombres representativos capaces de haber salvado la democracia:

> «El cuerpo de la República ha muerto exangüe y hambriento por obra de un gobierno que, durante casi dos años, ha dado pruebas de la máxima ineptitud en la dirección de la guerra, del sostenimiento de la población civil y de la política internacional, que jamás estuvo, en la larga y desventurada historia de España, en manos más torpes e incompetentes; pero la superestructura se ha hundido envuelta en una espesa niebla mefítica y cenagosa. Cuándo podrá recobrar el pueblo español su fe en la pureza y capacidad de sus hombres representativos, de sus partidos y organizaciones, y su esperanza en la democracia?»[35].

Además de las acusaciones y las permanentes polémicas, en el Araquistain del exilio, escéptico y desmoralizado, parecen haber pesado las tragedias perso-

---

34 *Leviatán,* Madrid, 1 de enero de 1936. N. 20, «Largo Caballero ante los jueces», por Luis Araquistain: Araquistain publicaba en ese número de la revista el prólogo al libro *Un proceso histórico. Francisco Largo Caballero ante los jueces*, cuya edición preparaba el Partido Socialista.

35 AHN, Papeles de Araquistain. Leg. 33.

nales tanto como las desavenencias políticas con sus compañeros de partido, ya fuera con Prieto, con quien también tuvo periodos de colaboración y acuerdo, o con algunos republicanos, como en el caso de Gordon Ordás, presidente del gobierno republicano en el exilio de México, pero, también, de las avenencias y las relaciones amistosas sostenidas, en ocasiones, a contrapelo de los acontecimientos, como con los anarquistas Abad de Santillán o Juan López, a través de los años y la distancia. Araquistain no dejó de escribir y opinar, tanto en la etapa de Londres, en la que sobrevivió económicamente gracias a sus colaboraciones con distintas empresas editoriales, con la BBC y a las conferencias que le solicitaban desde distintas partes del mundo, como la de Ginebra, en la que a pesar de que su situación económica había empeorado, logró recuperarse anímicamente de sus desgracias personales, como en una especie de segunda juventud, encabezando numerosos proyectos y sin perder interés por la vida del partido. De hecho, cuando murió de forma repentina el 6 de agosto de 1959 a causa de un accidente vascular, estaba charlando en su casa con Andrés Saborit, a quien las antiguas desavenencias de Araquistain con Besteiro, no le habían impedido mantener con él una relación amistosa, y le visitaba con frecuencia. Tres años después se publicaba *El pensamiento contemporáneo español*, una recopilación de textos en los que reaparecía el Araquistain más kantiano, defensor de Menéndez Pelayo y de la pedagogía krausista de Giner, que, muy lejos del marxismo, interpretaba a España en clave histórica evolucionista. ¿Era el resultado de veinte años de exilio, o, simplemente, otra elipsis más de su pensamiento socialista?